

“PASTOR DE MANSAS EGLOGAS...”

Así, con palabras tan apocíblemente poéticas como las que sirven de título a este artículo, se llamó a sí mismo, —sin vano alarde ni hueras pretensiones—, el campesino cantor de la tierra aragüeña Sergio Medina (1). La sinceridad de esta expresión nos la da a entender bien claramente el tono íntimo y delicado con que el poeta, ya maduro padre de familia, en una composición introductoria, dedica a sus hijos, su segundo volumen de poesías.

(1) Sergio Medina, era natural de La Victoria, Estado Aragua, donde nació en 1882, y donde también murió en 1933. Su obra poética se contiene en los siguientes libros: *Poemas de sol y soledad*, Caracas, Empresa “El Cojo”, 1912, 184 pp.; *Cigarras del trópico*, Caracas, 1928, 230 pp.; de este último libro se ha hecho una nueva edición, Caracas, Editorial Cecilio Acosta, 1942, 240 pp. Medina había alcanzado a publicar en su juventud algunas de sus primeras composiciones en las páginas de “El Cojo Ilustrado”.

En este trabajo, siempre que citemos el libro “*Cigarras del trópico*” nos referimos a la ya mencionada edición de 1942.

En el importante libro del norteamericano Samuel Montefiore Waxman, “*A Bibliography of the Belles-Lettres of Venezuela*” (Cambridge, Massachusetts, 1935, se cita (p. 99) otro libro de Medina: “*Eglogas aragüeñas. Sonetos*.” (Caracas ?) 1914”. Siéndonos imposible constatar la veracidad del contenido de esa ficha bibliográfica de Waxman, acudimos a la bondad del Sr. Enrique Planchart, Director de la Biblioteca Nacional, quien con su acostumbrada atención y diligencia nos ofreció hacer las verificaciones del caso, y comunicarnos luego su resultado. Agradecemos desde ahora esta cortesía del Sr. Planchart.

Cuando hay que tocar el tema de nuestra poesía campesina, nos asalta instantánea y necesariamente el nombre del primer maestro de americanismo de pura cepa, Andrés Bello. Sus sobrios cuanto magistrales brochazos descriptivos, cómo aguardan impávidos e imbatibles que surja la paleta mágica y la mano genial que quieran atentar una competencia.

Y tras de Bello cantando la feracidad de la zona tórrida, aparece brillando con luz propia e inconfundible el cantor nacional de la llanura, Lcizo Martí, con su siempre novedosa y remozada *Silva criolla*.

Pero la gloria que iluminó a esos insignes cantores del terruño patrio extiende sus destellos también sobre otros bardos que en años posteriores, con cariño innegable y con acierto oportunísimo, fueron plasmando en sabrosos poemas la vida campestre de diversas regiones del mismo suelo nacional: Arvelo Larriva en el llano, José Domingo Tejera en la montaña andina... Sergio Medina en la feraz cuanto pintoresca Aragua.

La poesía de Sergio Medina es de los que dulce y sosegadamente crían gusto en el alma del lector. No es una poesía que sorprende y deslumbró. Los temas que nos ofrece no llaman la atención por su originalidad, ni por el ropaje extraordinariamente rico o fantástico de que están revestidos. Pero es, sin género de duda, una poesía original por otras razones que enseguida analizaremos.

Medina se incorpora al movimiento literario en los años inmediato siguientes a la

difusión entre nosotros del modernismo. Pero nuestro modernismo nunca llegó a tener la vida y pujanza que había logrado en otras naciones hispanoamericanas. Además, todavía para esa fecha, y aun durante muchos años posteriores, el verdadero sustratum de nuestra poesía lírica lo constituye un romanticismo innegable, tanto más manifiesto cuanto más sabor nacional y local tiene dicha poesía.

Eso fué Sergio Medina: un poeta de auténtica extracción romántica, en cuya expresión poética se han marcado las influencias del modernismo. Pero con estos dos datos aún no hemos determinado totalmente el carácter íntimo de su obra.

Habiendo afirmado más arriba que el poeta aragüeño fué un cantor del campo, podría deducirse la conclusión de que su poesía fué eminentemente descriptiva, o mejor dicho objetiva. Y en realidad así lo es: una poesía en la que el elemento primordial es el descriptivo; pero en sus descripciones, en sus pinceladas de dibujo y de color, en sus toques narrativos, casi no hay pasaje donde el poeta no haya ido dejando una buena dosis de sentimiento. El encanto que poseen murhos de los *Poemas de sol y soledad* y de *Cigarras del trópico* estriba en esa atinado y personalísima manera de combinar lo objetivo y lo subjetivo. Pero adviértase que no se trata de una combinación como quiera, pues muchos otros poetas han sabido aunar artísticamente ambos elementos. Lo que en Medina se nos ofrece de original, además de lo hábil y espontáneo de la combinación, es el sabor local, el sabor campesino y aragüeño de esas composiciones en las que se ve y se siente el alma del poeta vibrando y emitiendo sentimientos al contacto con su terruño, y ante la contemplación de los varios objetos nativos que se le van ofreciendo. Es el subjetivismo que se hace aragüeño al tamizarse en los campos de Aragua.

En más de una composición ha hablado el poeta del cariño que tiene por su terruño nativo. En "*Crónica Vespertina*" escribe:

**"Ensueño y musa que encendió mi tierra,
noble tierra de amor que quiero tanto,
(La pampa humilde y la orgullosa sierra
y el haz de espigas y la miel del canto).**

("Poemas del sol y soledad", p. 28)

Y cuando tras de alguna ausencia, pasada en la ciudad que le fué ingrata, el poeta vuelve a su campo, comienza así su composición **El Regreso**:

**"Entró de nuevo en el paisaje. Torna
mi ardiente corazón, como la acacia
que el viejo rancho campesino adorna,
a florecer a la estación risueña
y a sonreír a la celeste gracia
de la tarde aragüeña."**

("Cigarras del trópico", p. 65)

Medina es un lírico de fina sensibilidad, sediento de belleza, y que aun hablándose de sus mismas aspiraciones ideales, nos regala versos delicados. Comparándose al agua, nos dice:

**"Mas lo cierto es que a toda hora
mi vida corre sin sosiego,
humilde, rústica y sonora,
así como el agua de riego..."**

("Poemas...", p. 12)

Y al contacto con la dulce naturaleza, y con la soledad de su rincón nativo, sintetiza así sus saludables sentimientos:

**"Y (de retorno por la senda plena
de sol, de paz, de soledad divina,
sentirse el alma como nunca, buena,
más joven, más azul, mas cristalina".**

("Poemas..." p. 15)

Es una idea que constantemente resbala del corazón a la pluma del poeta, y que va quedando regada en muchos de sus versos: la naturaleza se filtra a través de su ser y lo mantiene en perpetua inquietud lírica, pero es una inquietud sana, alentadora; no es la bohemia enfermiza de los bardos histéricos y llorones por moda o por desorientación; es una inquietud que solaza apaciblemente el espíritu;

**".....mi corazón se angustia,
de flor, de paz, de azul y de mañana"**

nos dice el poeta aun en uno de sus pocos momentos de aridez y aburrimiento plasmado en el soneto "*Jardín casero*" ("*Cigarras del trópico*", p. 101).

Pero como siempre sucede con todo verdadero artista, sus más delicados y sinceros sentimientos, sus ideales nobles, y su manera exquisita de expresar todo el mundo interior a través de los objetos exteriores; en una palabra, su alma toda la hallamos como en síntesis maravillosa en unas pocas composiciones extraordinariamente admirables.

Una de estas es la titulada "*Canto del amor a la vida*", silva de corte clásico en cuanto a los versos, pero de agradable estilo moderno; las ideas optimistas y elevadoras,

expresadas con original gusto y delicadeza en símbolos tan corrientes como el azul del agua, el árbol que florece, el sol que alegra... Juzgue el lector el tono de dicha composición a través de estos versos que tomamos al azar:

**"La alegría del sol llega a mi puerta,
con la risa del niño, en el canoro
gorjear de sus labios de arbol;
y en el gárrulo trino que en la huerta,
como fruto de oro,
suelta cantando un pajarito en el sol".**

("Cigarras..." p. 189)

Y como saliendo al paso al pesimista que le recuerde que existe el mal, —y el poeta así lo reconoce—, y que el odio u otros vicios son una constante amenaza, no se arredra sino exclama con clásica elevación, en los dos últimos versos de esta poesía:

**"Mas, a pesar de todo, que bendiga
la tierra Dios, porque la vida es buena!"**

Pero todavía más rebotante de los mismos animosos y cristianos sentimientos, es una composición, linda como pocas, sencilla y armoniosa en estilo y en ideas, que se titula: "Invitación a la alearía", y de la cual que-remos transcribir aquí para delicia del lector dos preciosos pasajes. En ambos se verá una vez más cómo vibra el alma del poeta al contacto con la radiante naturaleza, y cómo entrelaza sus propios sentimientos con los objetos que sus sentidos le ofrecen.

.....

**"Mira un árbol: florece;
oye un pájaro: canta
la rosada emoción que anuncia al día,
El sol tras de los montes se levanta:
dale gracias a Dios porque amanece,
como el árbol y el pájaro, alma mía".**

.....

**"Alma que no supuiste
ser alegre, sé triste;
mas, no cierras tu casa a la alegría
del sol. Y sé radiosa. Ten la santa
conciencia de la luz cuando amanece
y da gracias a Dios porque hizo el día:
si no eres como el pájaro que canta,
¡sé al menos como el árbol que florece!"**
("Cigarras...", pp. 197-198)

La tercera de las mejores composiciones, (2) y la más típica de Medina entre las de puro ambiente eglógico, es la titulada "Canto al arado y a la espiga". No es muy extensa, ni alardea de profundidad de pensamiento; predomina el tono descriptivo, con tal cual dejo de sano humorismo. Se ve en ello el amanecer en pleno campo de labranza, y gradualmente se despierta la actividad de los hombres y de la naturaleza toda; las faenas del campo cobran animación; se siente el bravo sol de mediodía, se oye cantar el agua que riega la siembra, vemos la tierra labrada y los mieses abundantes... y asistimos al atardecer pacífico y refrescante que conforta a los cansados labriegos.

Al describirnos el campo, Medina sabe manejar colores y figuras como gran maestro de poesía. Salvo alguna ligera incorrección gramatical, pasajes como los que enseguida copiamos son de un tropicalismo de muy buena ley, que ya quisieran para sí muchos engraidos nativistas de ahora.

.....

**"humea el rancho agricultor que anida,
con su techumbre nueva
de oro pajizo, en el feroz plantío.
Móntale guardia, así cual aguerrido
tropa, la valla de un nopal bravo,
cuyas hojas hirientes y bizarras,
como lanzas enhiestas,
bruñera el sol, entre las áureas siestas
ebrias de luz y roncas de cigarras."**

.....

**"Sopla el bochorno un hálito de fuego.
verdean los frondosos topochales,
pasa cantando la acoquión de riego;
y a la sombra feroz de sus arrimos,
se doran los racimos,
entre un vuelo goloso de turpiales."**
("Cigarras..." pp. 43-45)

Otras descripciones semejantes se hallan en "Por la escondida senda". ("Cigarras", pp. 33-38)

Y para no multiplicar más las citas, nos contentaremos con recordar siquiera los títulos de algunas otras inspiradas y apocibles

(2) En nuestro librito "Las cien mejores poesías líricas venezolanas", que tan feliz acogida ha tenido entre toda clase de personas, dentro y fuera del país, y cuya segunda edición es de 1943, se contienen dos de estas composiciones: el "Canto del amor a la vida" y el "Canto al arado y a la espiga".

composiciones. De la colección "Poemas de sol y soledad", los tituladas "Preludio", "Campanas" y "Los bueyes"; y entre los muy buenos sonetos de la colección "Cigarras del trópico", el que lleva por título "Fragilidad".

No sería fácil señalar las influencias poéticas que recibió la obra de Medina. No dudamos que las tengo, y que un más paciente estudio, —de carácter poco artístico al mismo tiempo que de poca utilidad—, podría señalarlas en alguna de sus composiciones. Podría tal vez decirse que el soneto alejandrino "Encanto", por la forma artística del desarrollo y por el final irónico y sacudido, recuerda un poco los versos de Heine. Y por contraste, la composición de intenso bucolismo tropical, también en versos alejandrinos, "La humilde ambición", no puede menos que recordarnos exactamente la misma idea lindamente expuesta por el maestro Andrés Bello en aquel soneto de su juventud, que titulara: "Hoc erat in votis".

Pero ciertamente el poeta de Aragua no necesitaba andadores ni apoyos para caminar con esbeltez, con paso propio, por las regiones de la belleza. Rara vez paga tributo a las formas o a las ideas positivamente sensuales o lúbricas. Su poesía es en general recatada y digna; no necesita el poeta granjearse un nombre a base de explotar un género barato. Tampoco, según ya se ha indicado, quiso detenerse sino en contadas ocasiones, en ideas o expresiones amargadas y pesimistas. Su musa, como la de Homero, tuvo sus momentos de somnolencia, en los cuales echó a caminar versos remplones y hasta incorrectos como los de "El sermón del escudero", ("Poemas...", pp. 127-131). Y en general la sección que en su primer libro tituló "Fanfarrias" es tal vez la que menos vale en la producción poética de Medina.

Cuando buscaba la expresión poética, ya fuese en figuras, ya en epítetos, sabía encontrarla original y llena de belleza. Un galán ha pinchado con violencia al buey que

trabaja, "Y sobre la piel barrosa —del bruto, el fiero aguijón— abre una trágica rosa". Así nombro Medina la herida abierta. El cocuyo que brilla en la oscuridad es: "la nocturna y bella lamparita errebunda". Y cuando al atardecer, un lucero se refleja en el agua, el poeta lo llama "rubia moneda que la tarde ha echado en un pozo mendigo". El sol es el "viejo padre de las sequías", y la golondrina es "la viajera del azul". Los luces del atardecer reflejados en el agua se describen así: "Y se estrelló de lámparas el río en la quietud de oro del ocaso." Al tinajero, que tanto ha sugerido a los poetas lo califica de "viejo hermano de melancolía — con su rítmica gota." Y para terminar esta enumeración, pongamos este cuarteto de valiente pincelada que leemos en la composición "Vendimiación":

"De un fúlgido aletaxo, que el plumaje
le ofusca en luminosa pedrería,
rompe, como una diana, ante el paisaje,
gallo madrugador, clarín del día".

("Cigarras...", p. 52)

* * *

En el próximo mes de abril se cumplirán doce años de la muerte del cariñoso cantor del terruño caraqueño, "pastor de mansos églagos"... Sirvan las presentes notas literarias para refrescar la memoria de su bienhadada obra poética, tan llena de verdadero arte, tan serenamente humana, y tan apropiada para despertar un sano y diligente amor hacia las cosas de nuestra tierra. Si los poetas, como los músicos, tuvieron antaño la amable atribución de ser utilizados para suavizar las pasiones y atemperar los ánimos, bien valdría la pena que en la hora presente también nuestros poetas, en medio de tanta tragedia y de tanto odio, en vez de exasperar más los espíritus con gritos destemplados, y de acentuar más la presente decadencia, nos brindaran poesías que a semejanza de la de Sergio Medina, fueran "sembrando amor por la escondida senda".

Pedro P. Barnola S. J.